

Recordar, compartir, aprender

Barcelona

Agustín Garulo Pujol, 82 años

Aleix Soler Carreras, 19 años

HAY MUERTOS QUE NO HACEN RUIDO ...

“Hay muertos que no hacen ruido, pues es más hondo su pesar”, así empieza una popular ranchera que expresa fielmente la devoción que sienten los mejicanos por los muertos. Agustín, que los conoció desde que era un chico -pues fue uno de los llamados niños de Morelia, que se exiliaron en el país latinoamericano esperando volver una vez hubiera terminada la Guerra-, no tardó en comprobar su intenso fervor espiritual. “Allí la gente era extremadamente supersticiosa y hacían todo tipo de ritos. Creo que parte de todo eso se me quedó pegado en mis creencias para siempre, incluso cuando ya hube vuelto a España”. La verdad es que, con todo lo que le ocurrió allí, no es extraño que a Agustín le cambiara parte de su personalidad.

La anécdota que más recuerda de sus numerosas experiencias por América ocurrió en un pueblecito llamado San Luís de Acatlán. Agustín llegó allí poco después de abandonar la escuela de Morelia. El mismo día de su llegada, en la primera tienda que entró, le ofrecieron un puesto como dependiente. Según el mismo comenta, la gente de la localidad era de lo más agradable: “Me sentía como si me conocieran de toda la vida. Todo el mundo me trataba con una inmensa amabilidad y simpatía. Me encantó sentirme tan integrado desde el primer momento, pero no dejé de pensar que esta actitud frente a un extraño no era del todo normal, sobretodo conociendo lo reservada que era la mayor parte de la gente del país”.

La jornada fue larga y dura, pero pasó con suma rapidez. El jefe acompañó a Agustín a una habitación vieja y calurosa donde dormirían él y los otros trabajadores del colmado. Cansados, se metieron rápidamente a la cama. La cháchara duro poco tiempo, pues el calor pronto les hizo caer a todos en un profundo sueño. Sin embargo, al poco rato de dormirse, Agustín se despertó súbitamente: “una gélida brisa recorrió todo mi cuerpo, helándome los huesos e impidiéndome continuar durmiendo”. Miró entonces a su alrededor, el resto aún descansaban plácidamente en sus camas. No dudó entonces en volver a meterse dentro de la almohada y taparse bien con un par de mantas que encontró tiradas por allí. Gracias al nuevo calor de las ropas, no tardó en volver a cerrar los ojos.

De nuevo, al cabo de más o menos una hora, despertó. No obstante, esta vez no fue por su culpa: un compañero lo estaba zarandeando frenéticamente. “Aquí hace mucho aire, necesito una manta, dame una por favor”. El frío había provocado que cada uno de los trabajadores que descansaban en aquella pequeña y acogedora habitación se hubiera tapado el cuerpo. Agustín accedió de buen grado a la petición de su compañero, contento de no ser el único que no dormía bien aquella noche.

La jornada siguiente transcurrió con suma tranquilidad en la tienda. Los clientes, como el día anterior, mostraron una extrema proximidad hacia los dependientes, que no pudieron evitar alabar, en los escasos descansos de que disponían, esa poco habitual hospitalidad hacia los visitantes. Al caer la noche ocurrió el primer hecho realmente insólito desde la llegada de Agustín al pueblo. En aquella misma habitación, caliente al principio y helada después, nuestro protagonista se llevó el susto más grande de su vida.

Aquella noche a Agustín le costó bastante más conciliar el sueño. No paraba de moverse intentando evitar el molesto aire helado que se le filtraba entre los músculos. Era extraño sentir tanto frío con todas las ventanas cerradas. No se oía ni una mosca, tan solo los continuos giros de Agustín. Cuando por fin se le empezaban a caer los párpados, noto un golpetazo en el pié que le hizo levantar repentinamente la pierna hacia arriba; él mismo reconoce que también soltó un leve grito que por suerte no despertó a nadie. Del susto, las sábanas se le enredaron entre los brazos. “Pero que demonios!” -exclamó sorprendido- el golpe le había dolido bastante,

pensó que por la mañana se vengaría del listo que se lo hubiera dado. Pero al cabo de poco, fue él quien se convirtió en el vengado, cuando su amigo le apartó las mantas de encima de un manotazo. “Pero quién ha sido el bestia que me ha pegado de esta manera!” gritó fuertemente; Agustín contestó que él no había sido, a lo que su compañero añadió que nadie más estaba lo suficientemente cerca como para alcanzarle: “Le juro por lo que más quiero, que es mi madre, que yo no le he dado ningún golpe”. A partir de ahí los dos empezaron ya a sospechar que algo raro pasaba allí. ¿Quién o qué les había agarrado la pierna de aquella manera, y por qué? ¿Les habría pasado lo mismo al resto? ¿Qué causaba el incómodo frío de aquella habitación? Por el momento, decidieron apartar este tipo de pensamientos de la cabeza y volver a dormir.

Sin embargo, no fue tan fácil olvidar lo ocurrido cuando se volvió a repetir al día siguiente, y al otro y al otro. Cada noche el mismo golpe seco, la misma mano gélida que retorció con fuerza una pierna, un pie, a veces un brazo. Agustín estaba cada vez más y más aterrorizado. Al tercer día no aguantó más y fue a hablar con su supervisor. Sintiéndolo mucho, le dijo que, a pesar de la amabilidad que había tenido concediéndolos una habitación tan confortable, aquella noche tendría que dormir en otro sitio, pues ya no aguantaba más este extraño individuo que le inquietaba todos sus sueños.

El supervisor actuó honestamente y le explicó la verdad: En este pueblo siempre ocurre lo mismo. Hace años un hombre fue quemado en la hoguera de la plaza del pueblo. Desde aquel día su espíritu vaga intermitentemente por todos los hogares. Los extraños que vienen nunca se quedan; sin embargo, nosotros nunca dejamos de intentar conquistarlos con nuestra amabilidad. Ante esas palabras, Agustín no se lo pensó ni medio segundo y decidió abandonar aquel sitio aquella misma noche. El mismo jefe le propuso marcharse con los transportistas que partían en unas horas. “Aunque les supo mal, a nadie le extrañó que me marchara.; estoy seguro que lo esperaban desde el primer momento. Para ellos quizá fuese algo normal, pero para mí el hecho de haber sido atacado por fantasmas me marcó durante toda la vida. Nunca jamás he vuelto a olvidar que los espíritus, que viven entre nosotros, a veces nos juegan malas pasadas”.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

A lo largo de su vida, Agustín ha conocido a muchísimos artistas. Le complace contar con satisfacción que ha dado la mano a Jorge Negrete, que ha bailado con María Félix, que ha charlado con Ester Fernández y que entabló una bonita amistad con Cantinflas, entre muchos otros. Su paso por Méjico le brindó todas estas oportunidades de acercarse a uno de sus sueños: el mundo del espectáculo. Aunque confiesa que de joven era bastante mujeriego, tampoco oculta su pasión desde siempre por el baile, el canto y la juerga. Cuando relata su vida, no se olvida nunca de citar con todo lujo de detalles todos y cada uno de los bailes y conciertos en los que ha estado. Se acuerda hasta del vestido que llevaba la corista de la fila de atrás. Se nota que es su gran pasión.